

tantes del capital toman la delantera, proceden por evicciones y cierran las puertas de los talleres. Á consecuencia de las mil condiciones diversas de los lugares de trabajo y de los mercados, los conflictos varían de aspecto, pero comunmente ponen en lucha fuerzas desiguales. Los obreros son la masa, es cierto, pero carecen de recursos financieros: si los compañeros, tan pobres como ellos, no vienen en su ayuda; si el público, convencido de su buen derecho, no les apoya con la omnipotencia de la opinión, ven acercarse el hambre cada día; vense obligados á huir de su familia para no oír las quejas y los sollozos; en tanto que los patronos, resentidos por que la bolsa se agota temporalmente, conservan, no obstante, las comodidades de la vida. Pueden esperar, el hambre está siempre al servicio del capital y es un agente que le sirve gratuitamente¹; pueden esperar... á menos que la huelga no se cambie en revolución.

Para evitar esta última alternativa — la más natural, ya que los obreros tienen el número en su favor y no hay razón alguna para que desprecien su fuerza, llamada violencia cuando no está regimentada al servicio del Estado —, los capitalistas, propietarios de fábricas, se unen estrechamente con los detentadores del poder, que también pertenecen en gran mayoría á la misma clase, al mismo mundo; los ricos y los poderosos están siempre emparentados, y en todas las altas asambleas deliberantes, los detentadores de la fortuna pública tienen personalmente asiento ó, más frecuentemente aún, hacen que los representen sus obligados, verdaderos domésticos encargados de transformar las voluntades ó los caprichos del amo en artículos de la ley. ¿Cómo no esforzarse en atender los votos de los hombres que, por el dinero, disponen de todas las ventajas de la existencia, y pueden concederles á quien les plazca? En sus conflictos con los obreros, los dispensadores del trabajo tienen el ejército á su servicio. En cuanto han trazado sus planes para la rebaja de los salarios, el aumento de las horas de trabajo ó cualquiera otra combinación favorable á sus intereses, avisan al gobierno, «cuyo primer deber es garantizar el orden», y batallones, escuadrones y baterías vienen á defenderles contra todo ataque posible de sus irritados obreros.

¹ Gizyski, *Soziale Ethik*.



UNA REUNIÓN DE HUELGUISTAS EN LA BOLSA DEL TRABAJO DE PARÍS

Cl. Dubois.

Sin ejército permanente ó sin milicia burguesa la organización actual de la sociedad sería absolutamente imposible: no tardarían los trabajadores en hacerse dueños de la fábrica.

Si los grandes industriales hacen así montar la guardia al ejército ante sus palacios y sus fábricas, disponen igualmente del arsenal de las leyes interpretadas en su beneficio. Aunque la esclavitud sea abolida oficialmente, no les desagradaría restablecerla, como lo demuestra claramente el ejemplo de la América del Norte, donde, sin embargo, la emancipación de los negros fué solemnemente proclamada. Es evidente que los hijos de los plantadores, dominados por la preocupación hereditaria, escatiman las condiciones de libertad que se han visto obligados á reconocer, y procuran adiestrar á sus capataces actuales de conformidad con el modelo del tiempo pasado; así también los directores de las compañías de minas y de metalurgia fundadas en los Estados del Tennessee, de la Georgia y del Alabama, se han apresurado á copiar las antiguas costumbres, y los campamentos de sus obreros negros se parecen singularmente á los campos de los antiguos esclavos; además se ha extendido la costumbre de hacer que trabajen los prisioneros civiles por cuenta de los fabricantes, y en muchos distritos, los magistrados, asociados á los industriales y nombrados merced á su influencia política, se entienden con ellos para reclutar muchos delincuentes y condenarlos á largas penas: de esta manera los jefes de fábrica tienen á su servicio todo el personal que necesitan, al que mantienen dándole una apariencia de salario y sometiéndole á una disciplina militar, bajo la vigilancia de los carceleros del Estado. De la misma manera, quizá menos brutalmente y con más formalidades legales, se procede en las minas de níquel de Nueva Caledonia.

Otro ejemplo de la lucha llevada hasta la ferocidad entre patronos y trabajadores es el que suministran las minas de oro y las de piedras preciosas. Esos campos de tesoros naturales ejercen sobre la imaginación una influencia mágica, aunque ilusoria¹, porque, en proporción, los beneficios medios de los trabajadores que afluyen hacia los «Pactolos» son muy inferiores á los que producen las otras industrias.

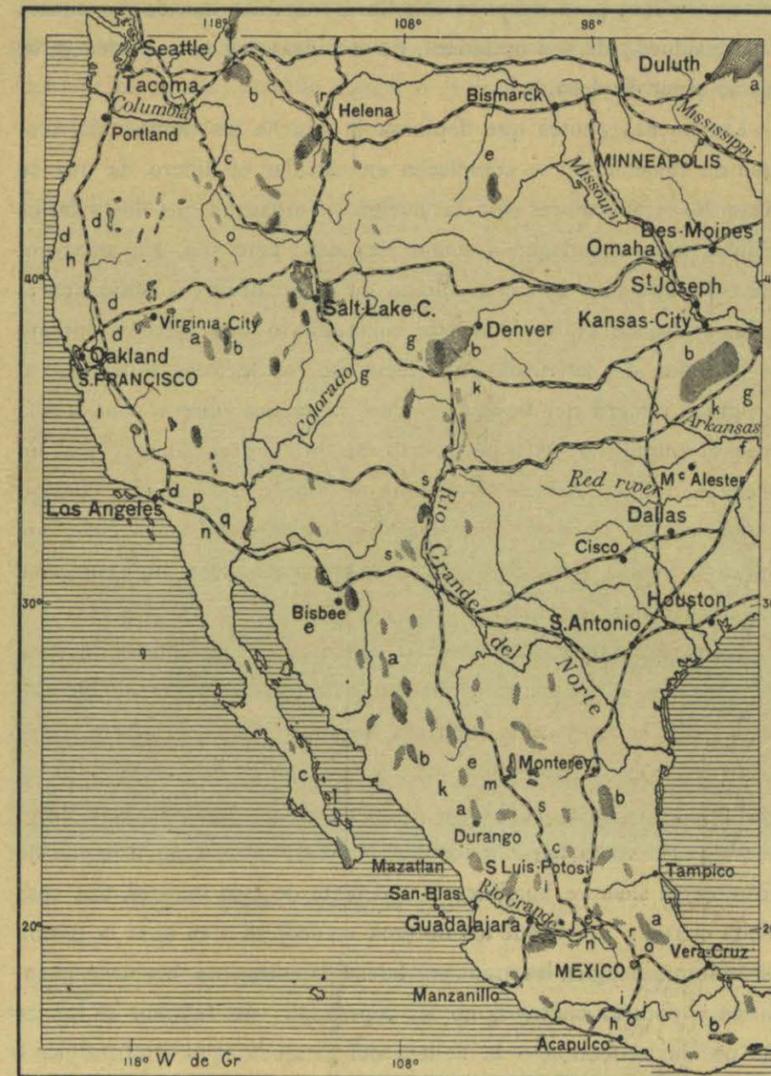
¹ Hugh Robert Mill, *Scottish Geographical Magazine*, March, 1900.

Las pérdidas en vidas humanas y en esfuerzos inútiles es enorme en los éxodos repentinos que se dirigen á los terrenos auríferos ó diamantíferos. Antes de fijarse como trabajo regular, la busca del oro comenzó por ser un juego como el de Mónaco, mucho más dramático y costoso. Y cuando la industria tomó su curso normal de rendimiento en beneficio de alguna compañía, la servidumbre de los obreros no ha llegado á diferenciarse de la esclavitud. En parte alguna ha tomado la sociedad plutocrática carácter más determinado que en Kimberley, la ciudad de los diamantes, y en Johannesburg, la ciudad del oro, donde un amo dicta sus voluntades. El procedimiento empleado anteriormente á la guerra anglo-boer respecto de la mano de obra negra, era sencillo en extremo; en la actualidad, aunque aplicado á diferentes mercenarios, ha quedado el mismo. Por medio de un sistema de reclutamiento que le permitía fijar las condiciones de empeño¹, la compañía se procuraba Cafres que se encerraban por tres meses en un *compound*, cuadrado de barracas de hoja de lata en rededor de una piscina. Una enfermería, una farmacia, un almacén donde se puede comprar lo que la compañía permite vender, y algunos cobertizos y depósitos completan el campamento. Durante el tiempo de su cautiverio, el trabajador está completamente incomunicado con el exterior; cada día se examinan sus vestidos y se sondean las aberturas de su cuerpo; el destinado entre ellos á manejar la tierra de diamantes ha de aprender á servirse de mitenas bajo la vigilancia de los blancos. Por último, no se sale de aquella prisión sin haber sido sometido á una fuerte dosis de aceite de crotón. Ese sistema ha sido perfeccionado. Como la mano de obra era, según parece, insuficiente, desde la guerra del Transvaal trabajan Chinos en el Rand²; se ha obtenido una gran continuidad alargando la duración del empeño á tres años; por otra parte, la distancia que separa á los obreros del cuerpo de su nación da mucha seguridad á los propietarios y directores de minas: éstos podían temer antes que la población negra, cinco ó seis veces más numerosa que los blancos, adquiriese conciencia de su fuerza y entrara en las vías de la rebeldía. En cuanto á los obreros de sangre

¹ G. Clemenceau, *Cafres de tous pays*, 26, V, 1895.

² En número de 50,000 en 1906.

N.º 576. Riqueza del subsuelo en Méjico y en los Estados del Oeste.



La hulla grasa se halla en las inmediaciones de Cisco y á lo largo de una banda de territorio que va desde Desmoines á Mac-Allester; las extracciones de lignito están principalmente alrededor de Helena, de Bismarck y en el distrito que se extiende desde San Antonio á Dallas. La más importante mina está en Helena. Las minas de hierro a y de plomo b están indicadas por rayados de sentido diferente. El cobre c se extrae cerca de Helena, en Bisbee y en otros puntos marcados en el mapa. d, oro; e, estaño; f, aluminio; g, manganeso; h, platino; i, mercurio; j, antimonio; k, zinc; l, perlas; m, rubíes; n, topacio; o, ópalo; p, berilo; q, granate; r, záfiro; s, turquesa.

européa, habitan un barrio lujoso, cómodo, elegante, compuesto de hermosas villas; pero tampoco son libres: también han de dar cuenta de su conducta, de sus opiniones, de sus ideas; su voto pertenece al amo so pena de despido¹.

Las buenas gentes que deploran la «lucha de clase», sin ocuparse de remediarla, se complacen en calcular el dinero de que se privan los trabajadores con la huelga. Verdad es que los salarios perdidos cada año llegan á sumas elevadas; pero son, sin embargo, ínfimas comparadas con el resultado de otro cálculo: á nadie, aparte de los trabajadores, se le ocurre computar lo que pierden durante los períodos de actividad por efecto de los jornales inferiores al «producto íntegro del trabajo». Pues la táctica obrera considerada desde el punto de vista pecuniario, se salda generalmente por un beneficio, á pesar de las privaciones de toda clase que trae consigo la cesación del trabajo. En cuanto á la «falta de ganancia» que implica la huelga, para los que «hacen trabajar», suele no expresarse para no declarar su importe.

Es evidente que, obedeciendo á ese furor del interés privado que hace ver enemigos en el personal de los obreros y de los empleados, los señores de la industria llegan á hacerse el mayor daño, hasta perder ese mismo dinero que quieren ganar con tanto empeño. Ante todo, ese mismo odio que tanto temen no deja de perseguirles y da algunas veces lugar á terribles dramas; pero aunque hayan de prosternarse siempre humildemente delante de esos señores, una cosa resulta cierta, á saber, que los obreros no dedican á su obra la pasión del esmero; siempre les parecerá buena mientras no les despachen, no les impongan multas ó no les reprendan; no tendrán el menor celo por la perfección ó la belleza del producto que contribuyen á elaborar; con frecuencia hasta trabajan sistemáticamente para hacer mal trabajo, para sacrificar la excelencia á la apariéncia: su mala voluntad imposibilita todo progreso, y llegan hasta castigar por algún procedimiento secreto á aquellos compañeros que son demasiado cándidos para trabajar mucho ó demasiado bien. Á ese sistema de chapuceria sistemática se le llama *sabotage*, y tiende á convertirse en

¹ Passarge, *Globus*, 3 Febrero 1900.

verdadera institución, casi en un deber de solidaridad obrera, fundado en este principio: á mala paga mal trabajo. Apenas hay congreso obrero en que no se recomiende calurosamente esa manera de combatir al patrón, aunque ponga al jornalero en peligro de perder su valor profesional.



Cl. de la Soc. Denain y Anzin.
UN ALTO HORNO EN LA FÁBRICA DE DENAIN

En Inglaterra algunos industriales filántropos — ó patronos listos — han comprendido que no hay más que un medio de combatir esa odiosa tendencia al envilecimiento del trabajo, consistente en dar al colaborador obrero un interés financiero importante en el buen éxito de la obra. Alguna de esas empresas, cuyo director ha tenido empeño en hacerse amar, han logrado admirablemente su objeto, tal vez demasiado bien, puesto que destruye en los trabajadores la idea de fundar obras colectivas que les pertenezcan directamente. Pueden citarse, entre esas obras patronales, las «ciudades jardines» ó *garden cities*, que contrastan maravillosamente por su belleza arquitectónica, su higiene y su comodidad con las ahumadas ciudades

próximas. Así, los 3,500 habitantes de Bourneville no tuvieron más que tres defunciones en 1902, en tanto que el término medio de mortalidad en Birmingham, para el mismo número de habitantes, fué de 66.

La compañía fundada en la América del Norte, al principio del siglo XX, para la constitución del monopolio universal de todos los trabajos metalúrgicos, ha comprendido que para dar sólidos cimientos á su edificio era indispensable apoyarse sobre todo el personal de obreros inspirándoles una ambición colectiva por el hecho de transformarles en accionistas directamente interesados. El ejército de los trabajadores redobla su energía en la tarea, considerándose como participante en la propiedad de la fábrica, de la máquina y del bloque de metal.

Hay puntos del globo en que el conflicto pierde su acritud, pero son excepcionales, y la solución de las dificultades no se hará ciertamente de una manera pacífica. En general, puede decirse que la animosidad aumenta entre los partidos que luchan: el patrón acaba por temerlo todo, tanto en los períodos de trabajo, que constituyen una especie de «paz armada», como la huelga, ó guerra declarada, que al menos le asegura la protección del Estado. Y el obrero no considera ya la huelga como la coronación de sus esfuerzos, sino que ve en ella un episodio de la batalla empeñada en todas partes, puesto que se trata, no ya de algunas vindicaciones reclamadas, sino de la «expropiación de la clase capitalista»; la huelga local es una simple modalidad de la «acción directa», un ejercicio de adaptación hacia la «huelga general».

Pero si la gran industria puede lograr, por su inmensidad misma, suprimir la concurrencia entre productores, puesto que se asocian, y calmar el rencor de los obreros cuando les hace participar en los beneficios, esa misma industria, por poderosa que sea, no puede conciliarse el público, es decir, el conjunto de los consumidores, el gran rebaño de los que pagan, á quienes ni el consuelo de regatear les queda. El vendedor y el comprador tienen necesidad uno de otro, y, sin embargo, son enemigos natos; hasta les sería imposible no odiarse entre sí, porque tratan de engañarse mutuamente.

La esencia del comercio fué siempre el fraude: ó el fraude mez-

quino que consiste en mentir sobre la calidad y la cantidad de la mercancía, ó el gran fraude que, descuidando los detalles, especula sobre las pasiones humanas, sobre la vanidad, el orgullo ó la lujuria de los compradores, lo mismo que sobre sus necesidades legítimas. Unas veces, por ejemplo, los hermanos Lauder¹ compran 100,000 agujas para venderlas á los negros del Sudán so pretexto de civi-



ESTABLECIMIENTOS METALÚRGICOS DE LONGWY

Documento extraído del programa oficial del primer Congreso internacional del Frio.

lización, y resulta luego que ni una tiene ojo; otra, tal industria, contra la cual la opinión pública ni siquiera piensa en protestar, no tiene más objeto que el crimen, como la fabricación de armas y de pólvora. Sin embargo, en distintos puntos brotan sentimientos de reprobación contra los trabajos insalubres, porque sus consecuencias peligrosas ó hasta mortales son inmediatamente sentidas. Y de ese modo la opinión ha podido ya determinar á ciertos poderes públicos á prohibir el empleo del albayalde, y han sido suprimidas las destilerías ó al menos sometidas á una legislación severa en diferentes países. También las minas han sido saneadas. Pero ¡cuántas

¹ Lauder, *Journal of the Expedition to explore the Niger*, vol. 2, p. 42.

fábricas cuyo aire es todavía irrespirable, cargado de gérmenes de enfermedad y de muerte! Y mientras numerosos establecimientos industriales sólo han sido fundados para la satisfacción de crímenes de Estado, de gustos depravados ó de un fausto insolente, las manufacturas donde se fabrican los objetos de primera necesidad suelen estar cerradas.'

Así la palabra «sobreproducción», que puede responder ciertamente á una incontestable desgracia ó hasta un desastre para determinado jefe de industria que busca un mercado, es una cruel ironía cuando se le toma en su acepción natural. ¿No es el colmo del absurdo hablar, á propósito de agricultura, de la sobreproducción de los cereales, cuando millones de hombres carecen de pan? ¿Cuando sus propios obreros no pueden renovar su ropa grasienta y rota, el maestro tejedor se quejará cándidamente de la sobreproducción de las telas y paños, y el librero arruinado atribuirá la causa de su desastre á la sobreproducción de libros, cuando en los países «civilizados» el número de ejemplares producidos apenas alcanza un volumen por año y por individuo! La miseria, la desnudez y la ignorancia, tales son todavía los azotes que podría suprimir la industria si tuviera por objeto el bienestar de todos y no el enriquecimiento de un solo individuo ó de un grupo reducido de capitalistas.

Por su parte, los trabajadores no pueden alabarse, más que los fabricantes, de proponerse el interés público en sus reivindicaciones. No hay duda que representan una parte más considerable de la humanidad, y en tal concepto solicitan preferentemente la atención de los observadores imparciales; además, viven actualmente bajo un régimen de opresión y combaten una clase privilegiada, lo que les asegura la simpatía de cuantos aman la justicia. ¿Pero no empequeñecen su causa casi todos los obreros reduciéndola á la simple lucha de clases? ¿Se preocupan los sindicatos de los no sindicados? ¿Los que tienen su libreta en regla con su propia corporación, defienden jamás los intereses de los *esquirols*? ¿No dejan tras de sí fuera del círculo de las reclamaciones, todo un mundo de residuos sociales, ladrones, prostitutas, vagabundos y miserables que tienen derecho al renacimiento moral, á una sana educación y al bienestar? Cuando han declarado la huelga, ¿muestran su voluntad de utilizar su tiempo

en instruirse y en trabajar como hombres independientes? ¿Qué cuidado tienen de conservar la simpatía del público, que comunemente les anima al principio bajo la impresión de la justicia de sus quejas, pero que se cansa pronto cuando ve que de rechazo le perjudica la paralización del trabajo? De otro modo pasarían las cosas si los obreros rebelados contra sus explotadores supieran, desde el



VILLA INDUSTRIAL EN LOS ANDES PERUANOS

Chicla en la línea de Oroya, á 3,725 metros de altura.

primer día de libertad, ponerse al servicio de la comunidad civil por una obra de amplia solidaridad. Ya se han presentado las ocasiones sin que se haya tenido el atrevimiento de aprovecharlas. Por ejemplo: los empleados de los ferrocarriles americanos llegaron á ser dueños de la red del Illinois y de los Estados inmediatos; pero dejaron coches y locomotoras en sus depósitos de las estaciones, cuando hubiera sido tan bello organizar verdaderos trenes de placer en nuevas condiciones de precio y comodidad, de modo que quedara de su huelga, aunque hubieran perdido la partida, un excelente recuerdo

al público en general, preparando así el terreno en vista de las reivindicaciones futuras. Cada huelga podría llegar á ser el punto de partida de tentativas para las empresas útiles á la comunidad.

El pequeño comercio sigue una evolución paralela á la pequeña agricultura y á la pequeña industria. Es evidente que en la evolución contemporánea el tráfico individual con sus tiendas, sus puestos ambulantes y sus transacciones efectuadas en céntimos, está absolutamente condenado; es imposible su transformación directa en un organismo normal de la sociedad nueva. Todos los tenderos al por menor darían una prueba de sagacidad histórica si dirigieran su experiencia, su voluntad y el conjunto de sus fuerzas y recursos hacia el socialismo reivindicador. Algunos lo han comprendido indudablemente, pero la mayoría, educados en la estrecha preocupación de sus intereses inmediatos, no ven, no quieren ver, de qué lado viene el peligro y se vuelven rabiosamente contra los que les traerían la salvación. Es natural que las cosas sucedan de ese modo: el naufrago que va á hundirse en el abismo se agarra á un palo flotante.

Las antiguas formas de la venta al detall desaparecen como desaparecieron las del gran comercio antiguo, especialmente los viajes en común, en estados transhumantes. La palabra «caravana», derivada del persa *kiarvan* ó *kiarban*, significa primitivamente «seguridad de negocios», término que explica suficientemente el origen de ese desplazamiento colectivo. La asociación que se constituye entre interesados para asegurar el éxito de la empresa procura garantizarse contra los peligros de diversos géneros: en algunas comarcas se han de temer los fenómenos de la Naturaleza, el calor del día, el frío de las noches, la aridez de la tierra, la carencia de fuentes, la dificultad de los caminos, la arena, la duna ó el pantano; en otros países son los bandidos los temibles, y en ese caso la caravana ha de ser todo lo fuerte posible, formará un verdadero ejército, protegido por avanzadas, con una vanguardia y tropas flanqueadoras. Los organizadores de la caravana esperan entonces que las necesidades del comercio agrupen bajo su dirección todo un mundo de exportadores con sus bestias de carga. Hay ciudad ambulante de caravaneros que se compone de algunos miles de individuos que llevan consigo

miles de animales. Cada una de esas sociedades móviles se constituye sobre el modelo de las ciudades entre las cuales se transportan las mercancías, y los diversos tipos políticos se encuentran allí representados, de conformidad con las instituciones de la comarca: tal caravana es una república transhumante, tal otra es una monarquía despótica; en los caminos de Persia el alcalde ó *karchonda* del convoy ha solido poseer derecho de vida ó muerte sobre los súbditos que le acompañan, y tiene su corte de jueces y de verdugos. Con frecuencia los jefes á quienes sigue una reputación de tiranía no han podido reclutar mercaderes para la expedición; otros, por el contrario, que se han hecho populares por el espíritu de justicia, ven la multitud de viajeros acudir á su rededor.

No hay duda que el tráfico es la razón primera de las caravanas, pero todos los elementos humanos que se encuentran en una ciudad ordinaria se hallan también representados en la ciudad de las tiendas, que se detiene todas las noches y emprende su marcha todas las mañanas. Curas, frailes, mendigos y otros que percibirán sus beneficios sobre todas las transacciones; juglares, cantores, adivinos de la buena ventura y mujeres de vida alegre se juntan á los mercaderes y á los soldados; al ponerse en marcha la sociedad urbana se conserva en casi toda su complejidad, con la diferencia de que á la partida no hay ó no suele haber inválidos. Para extremar la semejanza, la distribución de las clases se hace por barrios elegantes y por arrabales: los humildes, los pobres, se separan prudentemente del centro, donde se instalan los grandes, sentados sobre sus monturas¹, ó durmiendo bajo sus lujosas tiendas.

En las sociedades modernas, ya pacíficas, lo mismo que en los desiertos, cruzados por carreteras y ferrocarriles con estaciones conservadas á toda costa, las caravanas pierden toda su razón de ser y, tarde ó temprano, esas «sociedades móviles de seguridad» habrán dejado de existir. Esa forma de viajes y de transportes ha desaparecido ya completamente de Europa y sólo se encuentra por excepción en otros continentes: apenas se ha conservado en el mundo musulmán, y aun de una manera muy atenuada, porque por todas

¹ Herman Vanbery, *Sittenbilder aus dem Morgenlande*, p. 213.